Abstract

On February 10, 1824, General José Francisco de San Martín embarked with his daughter Mercedes bound for Europe. This departure was for good, and he did not return until after he died. After having formed armies and participated in battles that ensured the emancipation of Argentina, Chile and Peru, he had to choose exile due to the ongoing political circumstances, that had him leave the country amidst intrigues and accusations.

It was also a particularly painful departure full of detachments and renunciations for having to leave his beloved Mendoza, the land that cradled him as an adopted son and where he planned to spend the rest of his life, together with his family once the Liberating Campaign was over, far from wars and political intrigues.

General José de San Martín's voluntary exile in Europe did not end his political life. On the contrary, his opinions expressed through correspondence, private or public appearances, always carried the authority of his name and decisively influenced the course of events.

His letters and writings, in which he recounts his past and displays, until the end of his days, a great passion for his country, are the most substantial that we have left of him.

Keywords: Exile - San Martín - Correspondence - Independence - Liberation campaign.

Introducción

En nuestro trabajo pretendemos presentar cómo estaba la provincia de Mendoza a su regreso, después de Guayaquil y reconstruir a través de los testimonios de sus cartas, enviadas desde su residencia en Europa, sus más profundos sentimientos hacia Mendoza y cuáles fueron los últimos momentos y situaciones en los que participó, después de su renunciamiento y antes de su partida definitiva.

El epistolario sanmartiniano es la fuente principal sobre la que se basa nuestro estudio, ya que nos permite indagar sobre cuestiones referidas a sus percepciones sobre su alejamiento de su patria querida, pero también nos permite descubrir sus intereses y reconocer sus inquietudes más íntimas y cotidianas. Las cartas escritas por el general San Martín poseen un significativo valor, ya que es un relato que llega desde la primera persona de quien las escribe y se establece un diálogo que no solo pone al descubierto cuestiones íntimas y del contexto histórico, sino también su intencionalidad y estrategia comunicacional.

Desarrollo

Con el propósito de asegurar la independencia de los pueblos americanos y en pos de ese objetivo, se entrevistó en Guayaquil con el general Simón Bolívar para acordar la mejor manera de concluir con la independencia de Sudamérica. Después regresó a Lima, renunció a su cargo de Protector del Perú, entregó la banda y el bastón y se retiró llevando solamente su sable corvo y el estandarte de Pizarro.

Desandando caminos pasó primero por Chile, cruzó la cordillera de Los Andes y llegó por última vez a su querida Mendoza, donde pensaba permanecer por largo tiempo. Es indudable que San Martín tenía previsto quedarse a vivir en esta provincia junto con su familia, por el resto de su vida, pero no pudo cumplir con este deseo, tal como lo expresó:

> Establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza y para hacer más inexpugnable mi posición, corté toda comunicación excepto con mi familia. Yo me proponía en mi atrincheramiento dedicarme a los encantos de la vida agricultora y a la educación de mi hija, pero ¡vanas esperanzas ¡(Carranza, 1919, p. 147)

La tranquilidad tan ansiada en su casa y su pequeña chacra en Los Barriales no pudo lograrla. El espionaje que se organizó en torno a San Martín cuando

regresó a Mendoza, por parte de los seguidores de Bernardino Rivadavia, lo obligaron a encerrarse en su chacra mendocina, donde se recluyó colgando su sable y cambiando la vida de militar y del campamento por las actividades de un chacarero, por eso su solitaria y silenciosa permanencia en Mendoza durante diez meses.

> De regreso de Lima fui a habitar una chacra que poseo en Mendoza, ni en este absoluto retiro, ni el haber cortado con estudio todas mis antiguas relaciones, y, sobre todo, la garantía que ofrecía mi conducta de toda fracción o partido, en el transcurso de mi carrera pública, no pudieron ponerme a cubierto de todas las desconfianzas del gobierno...En estas circunstancias me convencí de que, por desgracia mía, había figurado en la revolución más de lo que yo había deseado. (Tonelli, 1950, p. 129-130)

El general San Martín expresó en numerosas oportunidades su predilección y afecto a su ínsula cuyana, como llamaba él a la tierra mendocina, que nunca dejó de amar y en el destierro la recordó siempre, como si ella fuese algo necesario en su vida o como si en ella hubiera pasado los mejores años de su vida:

> Los días de su ínsula cuyana fueron para San Martín los más felices de su vida. La paz más tranquila reina en esta provincia gracias a sus buenos y pacíficos habitantes. Si antes había venido a preparar la guerra en su ínsula cuyana, ahora tornaba a ella para buscar el reposo de los últimos días. (Rojas, 1948, p. 134)

El viajero inglés Robert Proctor que tuvo la oportunidad de conocerlo y visitarlo en su viaje por Mendoza nos dice:

> Como tenía cartas para este hombre célebre, tuve oportunidad de verle mucho. Ciertamente nunca contemplé facciones más animadas, particularmente cuando conversaba de acontecimientos del pasado; y aunque se felicitaba de su retiro en Mendoza, imaginé ver inquietud de espíritu en su mirada, que solamente esperaba oportunidad propicia para volver a salir con su acostumbrada energía. Llevaba una vida muy tranquila, residiendo habitualmente en una propiedad suya a ocho leguas de la ciudad, que estaba mejorando rápidamente. Parecía muy apegado a Mendoza como los habitantes lo eran a él; y sin duda como este lugar fue el punto donde comenzó su brillante carrera, érase el más querido. Por la tarde, con frecuencia venía a nuestras reuniones y nos divertía mucho con cantidad

de anécdotas interesantes que tenía manera fácil de narrar, animada por su rostro fuertemente expresivo. (Proctor, 1920, cap. VIII, p. 52)

El inglés Alexander Caldcleug nos relata:

> Mendoza ha sido el sitio escogido últimamente como residencia por el general San Martín, cuyo nombre es más conocido en la América del Sur que en Europa. San Martín ha buscado este retiro después de diez años de fatigas y batallas, para gozar de un merecido reposo. No adoptaré para referirme a este personaje los grandes elogios que le prodigan sus admiradores, pero sería injusto negar que posee grandes talentos empleados por entero en el bien de su país y de la libertad del Nuevo Mundo. Existen en América del Sur dos partidos que no admiten una opinión equidistante, quizás la más cercana a la verdad. Uno de esos partidos llega casi a endiosar a San Martín, sosteniendo que de haber quedado en la Península – que abandonó, según dicen, por un pique relativo a promociones – hubiera llevado a cabo mayores hazañas que nuestro ilustre jefe [Wellington]. El otro partido cae en la difamación, lo califica de cruel y vengativo, asegura que su ambición no tiene límites y que lejos de poseer talentos militares, sus batallas fueron ganadas mientras él se encontraba acostado y ebrio. Debe convenirse en que su retiro de la vida pública ha desvirtuado la acusación de ambicioso y en cuanto a las otras, existen muchas razones para no darles crédito. (Giamportone, Tomo 1, p. 21-22)

Samuel Haigh, otro viajero inglés que estuvo de viaje por esta provincia en varias ocasiones, y conoció y visitó al general San Martín cuando estaba en Mendoza, nos dejó sus recuerdos:

> Al cuarto día de mi partida de Chile llegué a Mendoza. El general San Martín residía allí hacía varios meses; había intentado atravesar las Pampas para ir a Buenos Aires; pero casi cayó en manos de José Miguel Carrera que correteaba en las llanuras con una banda de forajidos; en consecuencia, se vio obligado a regresar a Mendoza. Había numerosas intrigas políticas por aquel tiempo, tanto en Chile como en Buenos Aires, y San Martín se disgustó tanto con la falta de cooperación que había encontrado, que renunció a todo mando y se había presentado a Mendoza vestido de paisano. A la sazón estaba postrado, gravemente enfermo, en aquella ciudad. (Giamportone, Tomo 2, p. 84)

En su segundo viaje a Mendoza, Samuel Haigh nos relata que:
Llegando a Mendoza fui a su casa, y al informar de mi asunto al general Quintana, se me introdujo en el dormitorio del general. Encontré al héroe de Maipú en su lecho de enfermo y con aspecto tan pálido y enflaquecido, que a no ser por el brillo de sus ojos difícilmente le habría reconocido: me recibió con una sonrisa lánguida y extendió la mano para darme la bienvenida. Al entregarle las cartas se sentó en la cama para leerlas; pareció que el contenido le daba gran placer y se las pasó a Quintana quien, después de leerlas, meneó la cabeza en señal de aprobación; y se me pidió que volviera antes de abandonar Mendoza. (Giamportone, Tomo 2, p. 85)

El mismo general San Martín nos señala:

A mi regreso del Perú (y no a mi retirada, como dice el Argos) no trepidé en adoptar un plan que al mismo tiempo que lisonjeaba mi inclinación ponía a cubierto de toda duda mis deseos de gozar una vida tranquila que diez años de revolución y guerra me hacían desear con anhelo; consiguiente a él, establecí mi cuartel general en mi chacra de Mendoza y para hacer más inexpugnable mi posición, corté toda comunicación (excepto con mi familia, yo me proponía en mi atrincheramiento dedicarme a los encantos de una vida agricultora y a la educación de mi hija[1] (Otero, 1945, Tomo VI, p. 57)

San Martín era propietario de la chacra Los Barriales, que fue el lugar donde estuvo alojado desde su regreso del Perú y hasta que partió rumbo a Buenos Aires. Este solar le había sido donado por el Cabildo de Mendoza el 18 de diciembre de 1816, un mes antes de la partida del Ejército de los Andes rumbo a Chile y luego allí había construido una pequeña propiedad y una bodeguita junto a la finca. Los terrenos donados a San Martín tenían una superficie de cincuenta cuadras, pero también el Cabildo le había donado a su hija Mercedes Tomasa otras doscientas cuadras más.

Con el deseo de poder viajar a Buenos Aires y poner fin a su persecución y hostigamiento y cómo sabía que le interceptaban y leían la correspondencia, decidió aplicar otra táctica como la guerra de zapa, así le escribía a José Vicente Chilavert en enero de 1825:

> conocí que mi posición era falsa y que a la guerra de pluma que se me hacía, yo no podía oponer otra que estas mismas armas, para mí desconocidas; en lucha tan desigual me decidí a abandonar mi fortificación y adoptar otro sistema de operaciones. He aquí mi primer plan destruido. (Otero, 1945,

1 Carta a Vicente Chilavert. Bruselas, 1 de enero de 1825.

Tomo VI, p. 58)

Aunque estaba alejado de Buenos Aires, a raíz de la hostilidad de que era objeto por parte de Bernardino Rivadavia: "Tan difícil debió ser aquella situación para que el general no resolviera su viaje, ni aun mediando la enfermedad de su querida esposa Remedios, que falleció en Buenos Aires el 3 de agosto de ese mismo año" (Busaniche, 1942, p. 262).

San Martín perdió su última batalla que fue, despedir con vida, a su esposa Remedios, no pudo llegar a verla y darle su último adiós. El 3 de agosto de 1823 a los 25 años murió María de los Remedios de Escalada de San Martín en Buenos Aires, donde residía desde hace varios años por prescripción médica junto a sus familiares más cercanos.

El ambiente político en Buenos Aires estaba en su contra y había amenazas de atentar contra su vida o de tomarlo prisionero. Mucho tiempo pasó, muchos cambios, pero también intrigas y traiciones que San Martín supo comprender oportunamente y decidió su retiro voluntario.

> Ignora Ud. por ventura, que, en el año 23, cuando por ceder a instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino, para prenderme como un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración. (Tonelli, 1950, p. 129)

El viaje en carreta desde Mendoza hasta Buenos Aires, el general San Martín lo realizó en 14 días y el 4 de diciembre de 1823 llegó a Buenos Aires, sin escolta.

A pesar de que sus deseos eran los de pasar desapercibido, la prensa de la capital lo señaló y fue anunciado así por *El Argos*:

> Tenemos la satisfacción de anunciar al público el arribo a esta capital del general José de San Martín. Sin traicionar a los deberes del patriota, no hay quien pueda mostrarse indiferente a la presencia de un héroe que ha coronado a la nación en tantos títulos y laureles. Su alma, más grande que su fortuna, echa en olvido su persona para acordarse de la nuestra y por un camino erizado de peligros, elevó nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera de los cálculos de la esperanza. Nos es dable que nuestros nobles ciudadanos le tributen las señales que corresponden al beneficio. (Otero, 1945, Tomo VII, p. 43)

Inmediatamente llegó a Buenos Aires, su primera acción fue honrar la memoria de su esposa, visitó su sepulcro y en el mismo erigió un mausoleo donde dejó grabada la frase: "Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín". (Otero, 1945, Tomo VII, p. 47)

El norteamericano E. M. Brackenridge, quien durante los años 1817 y 1818 a bordo de la fragata Congress realizó una visita oficial en Buenos Aires, efectúa el siguiente comentario:

> La esposa del general San Martín, por este tiempo, estaba viviendo con su padre, pero parecía muy deprimida de espíritu por su ansiedad a causa de su marido a quien, por todo lo que se decía, es devotamente apegada. Ella que le había acompañado hasta el pie de los Andes, deseaba seguir su suerte al pasarlos, pero fue disuadida con mucha dificultad. Percatándose de que no participaba en ninguna de las diversiones y averiguando el motivo me dijeron que había hecho promesa de alguna clase por el éxito de su marido, lo que no pude comprender bien. Estas virtudes privadas y discretas en la familia de San Martín me dieron una opinión muy favorable del hombre; la excelencia y pureza de la vida privada es, en conclusión, el mejor cimiento de la confianza pública. No puede haber ninguna dignidad de carácter sin ellas, y rara vez nos equivocamos en la pureza de las acciones humanas, cuando esta fuente es pura. Mientras estuve en Buenos Aires, he oído frecuentemente citar a San Martín y su esposa como un ejemplo de matrimonio feliz; lo que de ningún modo es un elogio negativo, en un país donde la moral está desgraciadamente depravada, y donde el estado matrimonial es tenido en demasiado respeto. No tienen más que una hija de tres o cuatro años de edad. (Brackenridge, 1927. Tomo 1, p. 280-281)

Apenas llegó a Buenos Aires percibió el clima adverso e irreconocible y decidió que él no iba a ser motivo de diferencias y luchas internas, por ello optó alejarse de su patria, llevando consigo a su hija Mercedes:

> Mi separación voluntaria del Perú parecía me ponía a cubierto de toda sospecha de ambicionar nada sobre las desunidas provincias del Plata. Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relaciones que con algunos vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires; ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería; los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un

soldado afortunado, etcétera. En fin, yo ví claramente me era imposible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase y esta certidumbre fue la que me decidió a pasar a Europa.[2]

Ante esta situación de persecución y de seguimiento, San Martín optó por alejarse por un tiempo de su tierra querida y decidió viajar a Europa. Su opción por el exilio fue el "desenlace lógico de una serie de acontecimientos que le precedieron y que no estuvo en manos de San Martín evitar". (Otero, 1945, Tomo VII, p. 43)

Aun cuando San Martín revestía una doble investidura como capitán general de Chile y la de generalísimo del Ejército del Perú, se reconocía igualmente como capitán general del Ejército de Los Andes, nombrado como tal por el director supremo. Por tanto, antes de partir rumbo a Europa, solicitó el permiso necesario al gobierno para viajar a Europa. El gobierno le otorgó la autorización el 7 de febrero de 1824, junto a su pasaporte, facultado para ausentarse de su patria sin límite de tiempo.

Con la renta de dos años que le pagó por adelantado el gobierno del Perú y con unos cuantos pesos que tenía ahorrados, el general José Francisco de San Martín se despidió de su patria y se trasladó a Europa en busca de reposo para su espíritu y llevó consigo a su hija Mercedes, para consuelo y sostén en el futuro. Así lo hizo, el 10 de febrero de 1824 padre e hija junto a su sirviente Soto, se embarcaron en el buque francés Le Bayonnais con destino al puerto de Le Havre, retirándose voluntariamente de su amada tierra natal.

La causa del alejamiento de su patria surgió después de Guayaquil, cuando vio que su misión había terminado, en algún momento creyó que podía permanecer en Buenos Aires junto a su hija, pero la muerte de su esposa le fijó otros rumbos y decidió alejarse de su patria, con la firme idea de regresar a la misma, en cuanto le fuera posible.

El mismo día y antes de partir le escribió a Federico Brandsen que era su compadre y amigo "Dentro de una hora, parto para Europa con el objeto de acompañar a mi hija para ponerla en un colegio en aquel país y regresaré a nuestra patria en todo el presente año, o antes si los soberanos de Europa intentan disponer de nuestra suerte"[3].

2 Archivo del General San Martín. Comisión Nacional del Centenario, Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires, 1910. Carta al general Bernardo O'Higgins el 20 de octubre de 1827.
3 Un hijo del coronel Brandsen era ahijado del general San Martín.

Cuando el general San Martín salió de Mendoza rumbo a Buenos Aires dejó su sable corvo guardado en tierras mendocinas que era su objeto más preciado, posiblemente en poder de la señora Josefa Ruíz Huidobro a quién confió además parte de su equipaje y sus papeles, como se desprende de algunos encargos que dejó por escrito al gobernador de Mendoza, Pedro Molina. Pasaron once años y en diciembre de 1835 le escribió a su yerno Mariano Balcarce y a su hija Mercedes que se encontraban de viaje en estas tierras que le llevaran su sable que había dejado guardado en tierras mendocinas: "Lo que sí les encargo se traigan es mi sable corvo, que me ha servido en todas mis campañas de América y servirá para algún nietecito, si es que lo tengo." (Museo Histórico Nacional, 1910, p. 326-327). Dos años más tarde, su yerno puso en manos del general San Martín su sable corvo: cómplice y colega tan ansiado, quien le dio un lugar de preferencia entre los objetos más queridos de su casa, primero en Grand Bourg, cerca de París, luego en Boulogne Sur Mer y allí lo conservó hasta su muerte:

> Lo que en realidad de verdad le preocupaba era la anarquía, es decir la lucha de los partidos en que ya se había dividido la opinión y que ocupando el primer lugar pasional en muchos corazones restaba energía a los intereses sagrados y fundamentales de la libertad. (Tonelli, 1950, p. 18)

No tenía pensado irse para siempre de su patria y menos de su tierra mendocina, a lo sumo dos años, que era posiblemente el tiempo en que estaría Bernardino Rivadavia al frente del gobierno, pero los acontecimientos tuvieron un sentido contrario y finalmente tuvo que vivir sus últimos años en Europa, no pudo regresar a su chacra mendocina ni cumplir sus sueños de agricultor y padre. Así vemos en una carta a O'Higgins en febrero de 1825 donde le avisa que se había trasladado a Bruselas donde fijaría su residencia:

> Yo pienso permanecer en Europa, dos años más, tiempo que creo necesario para concluir la educación de mi hija; si para este tiempo las Provincias Unidas se hallan tranquilas, regresaré a mi país, para retirarme a mi Tebaida de Mendoza, si no, permaneceré en Europa todo el tiempo que la pensión del Perú se me pagare y con ella pueda sostenerme"[4]. (Vicuña Mackenna, 1938, Vol. VIII, p. 108)

Años después, en 1832, le vuelve a escribir a Bernardo O'Higgins:

> Sí, mi amigo, esto es lo que más temo al regresar a mi patria, a pesar de mi resolución del siguiente día de haber llegado a Buenos Aires, irme a una chacra en donde me

4 Carta a Bernardo O'Higgins. París, 8 de febrero de 1825.

> sepultaré hasta que la guerra civil, que ha desolado a la provincia de Cuyo haya cesado. Esto es en el caso que hayan dejado algo de mi chacra de Mendoza, que según carta del mayordomo, ha sido saqueada y él obligado a emigrar a Chile[5].

Sus deseos por regresar a su ínsula cuyana no se apagaron nunca, con motivo del viaje de su Mariano Balcarce a Buenos Aires, le escribió a Bernardo O'Higgins:

> Mercedes y sus niñas quedan a mi lado esperando que su ausencia no se prolongue a más de dos años, en cuyo tiempo, si el estado de Buenos Aires varía, me iré con mi familia, bien sea a vivir a alguna casa de campo de sus inmediaciones o a mi chacra de Mendoza.[6]

Conclusiones

Finalmente podemos decir, que el general San Martín solo ambicionó una cosa: la libertad de América y por alcanzarla sacrificó todo cuanto tenía en aras de ese alto principio. Fue durante su vida, glorificado y atacado, pero ni una ni otra cosa influyeron en la línea que se trazara y siguió de manera inmutable, desconcentrando con su templanza a sus enemigos. San Martín renunció a la gloria y envainó dignamente su sable corvo, que nunca fue utilizado para avasallar naciones, sino para darles la libertad y la independencia. La posteridad, a quien San Martín confiaba el juicio de su vida y de sus acciones, lo proclama como el más virtuoso de los hombres públicos, desinteresado patriota, el más humilde en su grandeza y a quien Argentina, Chile y Perú le deben su existencia y su ser político.

Referencias

Brackenridge, E.M. (1927) *La Independencia Argentina. Viaje a América del Sur hecho por orden del Gobierno Americano en los años 1817 y 1818 en la fragata Congress.* Editorial América Unida, Traducción Carlos A. Aldao. Buenos Aires, Argentina

Busaniche, J (1942). *San Martín visto por sus contemporáneos.* Ed. Solar Buenos Aires, Argentina

Carranza, A (1919). *San Martín. Su correspondencia (1823-1850).* Biblioteca Ayacucho. Editorial América. Madrid, España

5 Archivo del General San Martín. Op. cit. Carta a Bernardo O'Higgins. París, 1 de marzo de 1832.
6 Archivo del General San Martín. Carta a Bernardo O'Higgins. París, 3 de diciembre de 1837.

Comisión Nacional del Centenario (1910) *Archivo del General San Martín.* Imprenta Coni Hnos. Buenos Aires, Argentina

Díaz Araujo, E (2014). *San Martín: cuestiones disputadas. 2 tomos.* UCALP y Fondo Edit. San Francisco Javier. La Plata, Argentina

Giamportone, T (s.f). *Viajeros Ingleses en Mendoza. Tomos 1 y 2.* Colección Viajeros por Los Andes. Disponible en: https://www.ssycc.com/libros/Viajeros/Viajeros2.html

Museo Histórico Nacional. (1910). *San Martín, su correspondencia 1823-1850.* Madrid, España

Otero, J (1945). *Historia del Libertador Don José de San Martín. Tomo VI.* Círculo Militar, Biblioteca del Oficial. Buenos Aires, Argentina

Proctor, R (1920). *Narraciones del viaje por la Cordillera de Los Andes y residencia en Lima y en otras partes del Perú, en los años 1823 y 1824.* Ed. Vaccaro. Buenos Aires, Argentina

Rojas, R (1948). *El Santo de la espada.* Editorial Losada. Buenos Aires, Argentina

Tonelli, et. al (1950). *Síntesis documental sanmartiniana.* Instituto Nacional Sanmartiniano. Buenos Aires, Argentina

Vicuña, B (1938). *San Martín. La Revolución de la Independencia del Perú.* Obras Completas de Vicuña Mackenna. Universidad de Chile. Santiago de Chile, Chile

Teresa Giamportone

- Doctora en Historia. Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.
- Licenciada en Historia. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Especialista en Docencia Universitaria.
- Profesora de Enseñanza Media y Superior en Historia. Facultad de Filosofía y Letras.